

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

Agnès Agboton

Más allá del mar de arena

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Agnès Agboton, *Más allá del mar de arena. Una mujer africana en España.*

En

Agnès Agboton (2005) *Más allá del mar de arena. Una mujer africana en España.* Barcelona: Lumen vivencias. (pp. 62-64, 85-109, 132-144)

Edición digital

Agnès Agboton, *Más allá del mar de arena. Una mujer africana en España* (2011)
Dulcinea Tomás Cámara (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

Más allá del mar de arena. Una mujer africana en España[*]

Agnés Agboton

«Los dioses protectores»

No sé si os habéis dado cuenta de la suerte que representa no tener como base una sola cultura. Me parece que eso os permite evitar la tentación de adoptar un solo punto de vista y, por lo tanto, una única verdad.

Hace poco tiempo fui a ver una obra dirigida por Peter Brook a partir de uno de los primeros libros de Amadou Hampâté Bâ. Pues bien, en la obra se decía algo que me hizo pensar: «Hay tres verdades: la tuya, la mía y la Verdad».

Lo recuerdo precisamente porque ahora os quiero hablar un poco de una realidad que vosotros habéis vivido, aunque quizá demasiado superficialmente, en nuestras visitas a Benín: el vodún, mi primera religión.

Ya sé que en Europa y todo Occidente en general, la palabra «vodún» tiene unas connotaciones muy negativas.

Cuando alguien habla de vodún —o de vudú, su variante americana—, brotan de inmediato las imágenes de los zombis, los «muertos vivientes», y las muñecas atravesadas por largos alfileres que provocan una muerte, lenta y dolorosa. La industria de Hollywood se ha hartado de comercializar esos subproductos y ha pervertido de una forma lamentable el sentido de una religión ancestral, una religión que, desde hace siglos, intenta explicar el mundo donde vivimos.

Vosotros habéis asistido a algunas ceremonias vodún, sobre todo en el templo de Gbeloko, el vodún familiar de los Agboton, pero dejadme que os explique, aunque solo sea superficialmente, el sentido de la palabra y las nociones elementales de la religión de mi infancia.

«Vodún» es una palabra en lengua fon o gun —los yoruba denominan la misma idea con la palabra *orisha*— y se refiere a las fuerzas naturales que pueblan el mundo. Es una religión animista, claro está, que afirma que todo lo que existe en este mundo lleva en su interior una parte, una pequeña chispa de la energía creadora primordial. Por eso el campesino pide perdón a la tierra antes de herirla con el azadón y el leñador se disculpa ante el árbol que se dispone a derribar.

Con evidente miopía o, tal vez, poco interesados por el tema, los primeros misioneros —al ver la gran variedad de vodunes— consideraron que se trataba de una religión politeísta. Pero no: para el vodún el mundo fue creado por un solo dios que, en lengua fon, se denomina Mawu-Lisa. Es un dios andrógino y que, precisamente por eso, me parece que conecta con los conceptos orientales del *yin* y

[*] Publicado como edición no venal (edición especial anticipada, pruebas sin corregir) en: Agboton, Agnès (2005) *Más allá del mar de arena. Una mujer africana en España*. Barcelona: Lumen.

el *yang*, el principio masculino y el principio femenino. Pero el dios creador se cansó muy pronto de sus criaturas; las explicaciones que se dan son diversas y a veces francamente divertidas. Una de ellas, por ejemplo, dice que Mawu-Lisa se ofendió porque, después de cocinar, las mujeres se limpiaban las manos en su manto azul. Ingenuo, ya lo sé, pero conozco a otros que creen en una serpiente y una manzana… ¡De algún modo debe explicarse que un dios omnipotente deje tan abandonadas a sus criaturas!

Cuando dios está lejos, los hombres tienen que buscar el modo de ponerse en contacto con él y protegerse del terror que les produce todo lo desconocido o de los peligros que les rodean. Entonces nacen los intermediarios entre Mawu-Lisa y los seres humanos: los numerosos vodunes que son útiles y benéficos para los hombres. Así de sencillo, así de fácil. Simplista, lo sé, pero se acerca bastante a la realidad.

«Barcelona en blanco y negro»

La primera vez que llegué a Barcelona lo hice durante las vacaciones del verano de 1977. Mi padre me autorizó legalmente a viajar por Europa con Manuel. Désiré Kété, que trabajaba en Air Afrique, consiguió billetes de avión baratos para que pudieran acompañarme Michou y uno de sus hermanos, Jean-René.

Para los tres fue una experiencia muy impresionante, un cambio total de mundo, un cambio de universo que nos dejaba pasmados ante las fuentes luminosas de Montjuïc o las dimensiones de El Corte Inglés y sus escaleras mecánicas. ¡Yo nunca había visto escaleras mecánicas!

Conocía un poco el ajetreo de una ciudad moderna porque en aquella época Cotonou o Abidján lo eran ya, al menos por lo que se refiere a algunos de sus barrios. Pero siempre había vivido en pueblos africanos pequeños y, en las ciudades, la multitud que iba de un lugar a otro me sorprendía mucho. Era como si no durmieran nunca. Aun así, el movimiento, el ruido y el intenso tráfico de Barcelona me aturdieron al principio. ¡Y el asfalto! ¡La gran cantidad de asfalto que había por todas partes y el perfecto trazado de las calles y las carreteras! Y las casas tan altas, enormes, tan bien puestas, una al lado de otra… De Barcelona me sorprendió también que todo estuviera en su lugar. Era impensable encontrar una gallina picoteando por las calles o una cabra ramoneando un arbusto, como suele pasar en algunos barrios de las ciudades africanas. Estábamos en verano y, no obstante, nos pareció que la diferencia climática era muy grande. Por las noches, tanto Michou como Jean-René y yo teníamos mucho frío y nos protegíamos con gruesos jerséis. ¡Todavía hoy me cuesta acostumbrarme al frío!

De aquellas vacaciones recuerdo muy bien los días que pasamos en Alp, en la Cerdaña, un paisaje que luego me sería muy familiar. Recuerdo que nevó en las montañas, en el Puigmal, y subimos a conocer y tocar la nieve. Fuimos en el coche de mis suegros y subíamos y subíamos, cada vez más arriba… A mí, que procedía de un país llano, me sorprendía que pudiera llegarse tan arriba. «Pero ¿cuándo llegaremos?», pensaba. No encontraba sentido al hecho de subir hasta lo alto de una montaña solo para llegar arriba, como para estar más cerca del cielo o para ver la naturaleza. Ahora sí, ahora le he encontrado el gusto, pero aquella primera vez me pareció muy extraño. Para la mayoría de los benineses, lo que cuenta es el misterio de lo que está más allá de una montaña; no la montaña en sí misma.

También recuerdo que, aquel mes de septiembre, Manuel nos llevó a una inmensa manifestación por las calles de Barcelona, sin que ninguno de los tres supiéramos muy bien qué representaba o qué pedía la gente. Pero por todas partes se veía aquella bandera que vuestro padre tenía colgada en la pared de la casa de Bingerville. Ese día, tres jóvenes africanos gritamos aquello de «Libertad, amnistía y estatuto de autonomía» sin tener la menor idea de lo que aquellas palabras significaban realmente.

De Barcelona, de España, yo sabía muy poco. Había estudiado castellano como segunda lengua, y como ejercicio de clase había traducido los textos que incluía el libro que utilizábamos, *Pueblo 1* se llamaba. Había uno que empezaba así: «La plaza de Cataluña, sin público, parece más grande. Y en la fachada blanca del Banco Español de Crédito…». Eran unas líneas de un libro de Luis Romero. Me habría sorprendido mucho si alguien entonces me hubiera dicho que tendría el placer de conocer al autor y que aquel hombre, sabio y amable, acabaría enseñándote a ti, Dídac, a llevar su barca mientras navegabais hacia Port Lligat.

En Costa de Marfil me encantaba escuchar las canciones de Julio Iglesias, que era la música de moda que el profesor de castellano nos ponía. Y a través de aquellas canciones, íbamos adquiriendo vocabulario. Llegué aquí muy orgullosa de conocer las canciones de Julio Iglesias, ¡y todos los amigos de Manuel se reían de mí porque lo encontraban horroroso! Y vosotros dos también, ya lo sé, pero por algo se empieza…

Tras aquel primer viaje y una vez de regreso a Costa de Marfil, comenzamos a hablar de instalarnos en Barcelona. En nuestra habitación de luz tamizada por unas cortinas azules y con la ventana llena de flores de buganvilla te concebimos a ti, Dídac. Y aquello significó el final de nuestra estancia en Bingerville. Aunque, pensándolo bien, aquella era ya una época acabada. Se me abrían, se nos abrían nuevos caminos.

Pero antes de marcharnos definitivamente a Barcelona, quise ir a Benín para despedirme de mi padre y comunicarle que, aunque estuviese esperando un hijo, sus deseos no se frustrarían, porque yo estaba decidida a seguir con mis estudios, costara lo que costase. No puedo engañaros, no me sentía muy tranquila —ni Manuel tampoco— y temía la reacción del abuelo Sébastien cuando se enterara de que yo estaba embarazada. Manuel, que venía conmigo, se encargó de ello. Hablaban bajo el mango del patio y mi padre, sorprendentemente, suspiró aliviado: «Temía que fuera estéril», dijo. Y allí terminaron nuestros temores. De todos modos, me pidió que antes de abandonar Benín nos casásemos, para hacerlo saber a la familia Agboton y dar así un aspecto más aceptable a nuestra relación. Manuel estaba dispuesto a ello, pero le recordó que estaba ya casado y que en España, acabada de salir del franquismo, no había divorcio. Una reflexión muy propia de un europeo, ¡claro está! Benín era un país que admitía la poligamia y la primera esposa de vuestro padre no era, por lo tanto, un obstáculo. Nos casamos en Malanhoui, a la sombra del gran templo de Heviossó donde el viejo *soklunon* me había ayudado a luchar contra los ataques de los espíritus malignos que me perseguían. Por la noche, hicimos una gran fiesta en la playa de Semé-Kpodji. Fue una doble boda: civil primero, en la *commune* de Malanhoui, seguido de una ceremonia religiosa que respetaba todos los ritos y prescripciones tradicionales y, muy especialmente, las costumbres de los Agboton custodiadas por las viejas *tanyinon*.

Manuel no inscribió aquel matrimonio civil en la embajada española de Abidján porque habría podido tener problemas: en Europa la bigamia es un delito. Y además, nuestro matrimonio tampoco habría sido válido en España.

La playa de Semé-Kpodji quedaba ya muy lejos la noche en que, recién llegados a Barcelona, nos dirigimos a la catedral, donde Manuel había citado a su prima, Montse Mateu, que había pasado algunos meses con nosotros en Bingerville. Vi entonces la gran explanada que hay ante la catedral, vacía a aquellas horas, y sus piedras que, según me habían dicho, tenían muchos siglos… ¡Y seguían allí, iluminadas! En las regiones del África occidental no estamos acostumbrados a las viejas piedras; los materiales de construcción que se utilizaban no duraban y tampoco nadie se había preocupado de que durasen. El palacio de Abomey, por ejemplo, que la Unesco ayudó a restaurar hace unos años, tiene sólo un par de siglos, como máximo. Que aquella catedral enorme llevara allí tantos siglos de pie me impresionaba mucho. De pronto, al subir los gastados peldaños, vi la silueta de Montse, con quien luego he compartido tantas horas de afecto y complicidad. De la imagen de aquella explanada vacía me llevé una extraña sensación; fue como si esa nueva vida se me cayera encima con todo el peso de muchos siglos de tradición.

Mis primeros días de vida en Barcelona fueron muy delicados. Me sentía tímida, desconcertada, porque desconocía muchas de las claves para comprender lo que ocurría a mi alrededor. Y, a veces, aquello me hacía daño, pues me convertía en una mujer débil y vulnerable. Recuerdo una noche terrible, en un restaurante, con unos amigos de Manuel, en que no pude aguantar las lágrimas ante una pala de pescado que yo no sabía utilizar, pues nunca había visto semejante artefacto.

Barcelona no era el lugar idílico de nuestras conversaciones en la casa de Bingerville, ni el de mi primer viaje. No era lo que yo imaginaba al escuchar las historias de vuestro padre. Han pasado muchos años pero todavía sigue viva en mí la impresión que me produjo la ciudad, los primeros meses que viví allí: faltaban, sobre todo, los colores. Estaban todos aquellos edificios tan altos y muchas estatuas que me gustaban, y escaleras y más escaleras… Y todos aquellos blancos que a veces me vendían una bolsa de patatas, o me hacían de chófer cuando tomaba un taxi o me servían en un restaurante. Pero faltaban los colores. Barcelona era una ciudad en blanco y negro.

¿Me sentía triste? No lo sé, no lo recuerdo. Lo cierto es que para todos los jóvenes que yo había conocido, tanto en Benín como en Costa de Marfil, vivir en Europa era un sueño. De un modo algo ingenuo, debido sin duda a la antigua colonización, Europa era París. Soñábamos con París, ciudad a la que, en gun, llamamos *Yovotomé*, «El país de los blancos». Yo había realizado ese sueño: vivía en *Yovotomé*, para bien y para mal.

¿Por qué no nos quedamos a vivir en África? Supongo que os lo habréis preguntado alguna vez. Pues no lo sé. No tengo ahora la respuesta.

Lo que sí sé es que he aprendido a amar Barcelona. Ahora es mi ciudad, sí, la siento así. Y hoy ni siquiera me hacen ya daño, más bien me dan pena, quienes a veces (pocas, pocas…) me han dicho aquello de «vete a tu país». A vosotros dos también os lo han dicho, muchas veces me habéis hablado de ello. Cuando el único argumento que una persona tiene para insultar a otra es utilizar el color de la piel, la cosa dice muy poco en favor de su inteligencia.

Como decían en Benín durante la dictadura de Kérékou: *Ehuzu Ehuzu, dan dan ló*, las cosas están cambiando mucho. Ojalá cambien más aún.

«El gran árbol»

Hay dos palabras que me dan mucho miedo: una es «tolerancia» y la otra «integración». Últimamente están muy de moda, y se escuchan a diestro y siniestro.

Querría compartir con vosotros algunas de mis dudas y de mis reticencias. Hemos hablado mucho de ello, ya lo sé, pero creo que no estará de más que le dedique unas líneas.

Empecemos por la primera, por la «tolerancia». Quizá se me escapen aún algunos matices de la lengua, no sería nada extraño. Aunque haga muchos años que vivo en España, el castellano y el catalán fueron lenguas aprendidas tras haber utilizado tres o cuatro más, en la familia o en la escuela. ¡Y qué difícil es dominar las lenguas de otra cultura!

A mí me parece que el verbo «tolerar» incluye un saborcillo de algo no deseado, de algo desagradable que debe soportarse con resignación. Ser tolerantes, para mí, significa soportar la presencia del otro, sus costumbres o sus ideas, aunque no nos gusten, dando así pruebas de nuestra generosidad, de nuestra paciencia. Eso supone, a mi entender, que el «tolerante» se sitúa en una posición de superioridad en relación con el «tolerado». Es como si le dijera: «Eres feo, eres distinto o estás equivocado, pero yo soy tan bueno que, a pesar de ello, te acepto». La verdad es que no me gustaría que nadie me «tolerase» u os «tolerase» como algo inevitable y a la fuerza.

En cuanto a la «integración», me parece que soy una mujer integrada en la sociedad donde vivo, y este es un aspecto que a vosotros no os afecta en absoluto. Ambos nacisteis en Cataluña, en España, en Europa. Habéis sido educados como los otros muchachos de Barcelona, y solo en casa o cuando vamos a Benín tenéis contacto con la cultura y las creencias de mi pueblo. Es posible que la peculiaridad de la familia que formamos vuestro padre y yo tenga algo que ver con vuestra forma de ser, pero creo que este es uno de los mejores regalos que hemos podido ofreceros. Sois el ejemplo inmediato y palpable, desde que nacisteis, de que el mundo es variado y de que nadie puede reclamar la exclusiva del bien, de la cultura y de la verdad.

Pero mi integración no ha sido, como exigen algunas voces, un proceso de pérdida de mis raíces, ni tampoco el olvido de los valores que aprendí de pequeña. Muy al contrario. He ido uniendo lo que fui a los nuevos valores de la sociedad en la que vivo, para poder así modelarme y renacer, sin dejar de ser la misma persona.

He recibido mucho de los que me rodean. De vuestros abuelos, en primer lugar, y de los hermanos de Manuel, vuestros tíos, que me acogieron cuando yo era todavía muy joven y estaba a punto de enfrentarme a unas responsabilidades nuevas en un país que me era aún extraño. He recibido mucho solo con ver cómo vivía y cómo pensaba la gente de mi entorno, pero no me gusta pensar que estas nuevas costumbres son un camino de una sola dirección. Más aún, estoy segura de que no ha sido así y de que mis semillas africanas han hecho su camino aquí. Solo así me parece aceptable la «integración». Una sociedad es un organismo vivo que evoluciona y me gusta pensar que

también yo y, sobre todo, vosotros, participamos en esta evolución y le damos, en cierto modo, una dirección un poco distinta de la que sin nosotros tendría.

Estoy integrada porque recibo y porque doy; porque acepto y, muchas veces, comparto los valores que prevalecen en la sociedad donde vivo; pero estoy integrada, también, porque mis propios valores, los de mi cultura de nacimiento, pueden ser aceptados y compartidos, pueden ser conocidos, al menos, por la gente a la que amo y por la sociedad en la que vivo. De no ser así, no sería «integración» sino «asimilación». Y no es lo mismo, no es lo mismo…

Mi padre solía decirme un aforismo gun: «No puedes estar junto a una hoguera y que te devoren los gusanos». No quiero pues rechazar la protección de ninguna de las hogueras que me rodean, y me gustaría que mi pequeña chispa sirviera para mantener alejado el peligro de los gusanos.

Desde la primera vez que oí hablar en catalán, ya me gustó la lengua. Manuel me había enseñado algunas palabras, pero solo sentí cómo sonaba cuando sus padres vinieron a visitarnos a Costa de Marfil. Su sonoridad y su ritmo me parecieron muy cercanos. Enseguida la sentí como una lengua muy dulce, hecha para la relación entre una madre y un hijo. Tal vez porque las primera frases, las primeras conversaciones que escuché en catalán fueron las de vuestro padre con su madre.

A vosotros dos, Dídac y Axel, decidimos hablaros en francés en cuanto nacisteis. A ti, Dídac, porque era la lengua que en aquellos momentos hablábamos Manuel y yo. A ti, Axel, porque hicimos un pacto: en casa hablábamos ya, principalmente, en catalán, pero pensamos que sería una pena privarte de una lengua que era importante en el trato cotidiano de nuestra familia, y los tres —Manuel, Dídac y yo— volvimos a hablar en francés en casa. De ese modo, lo sabéis muy bien, tenéis un instrumento para poder comunicaros con toda vuestra familia de Benín, sobre todo con el abuelo Sébastien cuando venía a visitarnos.

Es curioso este asunto de las lenguas (y vivir en Cataluña me ha permitido comprobar mejor aún lo curioso que es). A veces, algunos amigos o conocidos me han preguntado por qué no os he enseñado el gun, mi lengua natal, y a menudo me ha parecido notar cierto reproche en sus palabras… Un poco como si me acusaran de traicionar mis orígenes. Yo les contesto que no doy la misma importancia que ellos a las lenguas. Recuerdo ahora una sesión del *Translit 2003*, unas jornadas sobre literaturas no occidentales que se celebran en Barcelona. Era una mesa redonda sobre la creación en lenguas autóctonas y, tras muchas discusiones y la intervención de una profesora universitaria que pontificaba sin parar, Ken Bugul, una escritora senegalesa que vive en Porto-Novo, dijo algo que me pareció muy acertado cuando le preguntaron por qué había adoptado la lengua del colonizador para escribir: «El francés es mi lengua; la invento y la modelo según mis necesidades», respondió ella. Y es cierto. Hoy nadie puede decir que las novelas de Sony Labou Tansi o las de Ken Bugul no sean africanas, y la lengua que estos autores utilizan les es tan propia y original como la que puede utilizar en sus novelas, por ejemplo, el escritor francés Daniel Pennac.

Ya en Barcelona y más tarde en la Cerdaña, mientras se acercaba la hora de mi primer parto, no me sentía muy segura y sabía que me esperaban unos años que intuía difíciles. Iba a tener un hijo y

quería estudiar… y, además, estaba el piso que montábamos en Barcelona con nuestras propias manos, ayudados por algunos amigos, porque el dinero era escaso.

Tenía, pues, algo de miedo, y vuestro padre procuraba ayudarme con aquello que repite todavía hoy: tener un hijo es algo muy natural, ¡hasta las gallinas los tienen!, y que yo estaba más que preparada para ser una buena madre y sacar adelante a mi hijo. Para sacarte adelante a ti, Dídac, que estabas a punto de nacer. Cierto es que yo era muy joven, si lo miramos desde el punto de vista occidental, pero en Benín a mi edad muchas chicas eran ya madres de más de un hijo.

Cuando tú naciste, adelantándote una semana a la fecha que los médicos habían fijado, sin desearlo te convertiste en la prueba de que en Europa no todo era tan exacto, tan científico ni tan preciso como a mí me parecía. Creo en la predestinación; no me preguntéis cómo ni por qué, pero pienso que nuestra vida está decidida, escrita en alguna parte. Tú, Dídac, tenías que nacer en Puigcerdà, tenías que ser ceretano por mucho que los médicos dijeran.

Poco antes de ir a Barcelona, cuando estaba en el sexto mes de mi embarazo y vivíamos aún en Bingerville, sufrí un acceso muy fuerte de paludismo. Tenía mucha fiebre, sudaba y temblaba al mismo tiempo. Manuel me llevó a Abidján, a un médico de la cooperación francesa que se ocupaba también de los pocos españoles que allí vivían. El hombre habló muy claro: si no me proporcionaban de inmediato una fuerte dosis de quinina, podía morir. Pero no se conocían bien los efectos de la quinina sobre el feto y era difícil decidir. No obstante, Manuel creyó que mi vida era lo más importante. De modo que cuando tú naciste, Dídac, yo no dejaba de mirarte, ¡eras una preciosidad!, ni de contar, una y otra vez, los dedos de aquellas manos tan hermosas que tenías. Todo era normal y yo me sentí llena: una mujer hecha y derecha, orgullosa de ser madre, en aquella habitación de hospital que daba al inmenso valle.

Aquel mismo curso, mientras te daba de mamar, me matriculé en la Escuela Oficial de Idiomas para aprender bien el castellano. Iba por las tardes, y tú y Manuel veníais a buscarme, bajando por las Ramblas, al salir de clase. Después fui alumna del Institut Maragall. Tuve que repetir algunos cursos que había aprobado ya en Costa de Marfil, tuve que aprobar el COU, la selectividad y matricularme luego en la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona. Fueron unos años duros pero hermosos, que me permitieron entrar en contacto con gente más joven que yo. Recuerdo que te cambiábamos los pañales mientras yo me dedicaba a mis estudios y Manuel buscaba trabajo como articulista y traductor. De hecho, las únicas preocupaciones que teníamos eran de tipo económico. ¡Cómo nos costaba llegar a fin de mes! Recuerdo que Manuel trabajó como «negro» de un general del ejército con pretensiones literarias. ¡Cuando el hombre entró en casa, vestido de uniforme y con todas las medallas colgando, me dio un buen susto!

El asunto del permiso de residencia era también un dolor de cabeza, y cuando se acercaba el momento de renovarlo, solo con pensar en las inmensas colas que se formaban en la Jefatura de Policía de Via Laietana y, más tarde, en la comisaría de plaza Espanya, se me revolvían las tripas. Eran días muy penosos, para mí y para mis compañeros de infortunio. Teníamos que aguantar horas y

horas de espera, y algunas veces también la impertinencia o el desprecio de alguno de aquellos funcionarios que tenían en sus manos el destino de tanta gente. Todavía me estremezco al recordarlo. Y eso me hace más sensible a los problemas que hoy sufren tantos inmigrantes.

Por esta razón, y porque en España se había promulgado ya la ley del divorcio, vuestro padre comenzó a hacer gestiones para obtenerlo y poder casarse conmigo. No le costó demasiado: su mujer, a la que yo nunca he conocido, no le puso ningún impedimento. Manuel obtuvo el divorcio y fuimos al juzgado para arreglar los papeles y fijar un día para la boda. Entonces comenzó el embrollo. Sus papeles estaban en orden, pero yo necesitaba un certificado de soltería. Tras explicarlo al funcionario de turno que aquello era imposible porque nos habíamos casado en Benín, nos preguntó si teníamos el certificado de matrimonio y, cuando respondimos que sí, nos recomendó que, sencillamente, en vez de casarnos, inscribiéramos en el registro el matrimonio beninés. Aquello nos servía y estuvimos de acuerdo. El funcionario comenzó a hacer la inscripción, pero de pronto cayó de las nubes: Manuel se había casado conmigo estando ya casado y, por lo tanto, nuestro matrimonio no era válido. Claro que no lo era, ¡por eso queríamos casarnos de verdad de la buena! Pues bien… necesitaba un certificado de soltería de la administración beninesa.

Fue kafkiano, una situación que duró casi dos años y me hizo ser muy consciente del mundo absurdo en que se mueve cierta burocracia. No me podía casar con Manuel porque estaba casada con Manuel pero mi casamiento con Manuel no era válido. Un embrollo magistral.

Por fin, lo resolvimos. Y tú, Dídac, pudiste asistir a la boda de tus padres cuando tenías seis años. Fue toda una fiesta: además de la familia de Manuel, vinieron nuestros amigos, editores y escritores, pintores y políticos de todas las tendencias y también de todos los continentes. No había dinero y lo resolvimos con un buen pan con tomate.

Os mentiría si dijera que no me costó aprender los nuevos códigos de comportamiento, ir descubriendo cómo se aplicaban. A veces era como si todo lo que había aprendido en África, o casi todo, me fuera inútil. Afortunadamente, vuestra familia paterna me aceptó enseguida con los brazos abiertos. Vuestra abuela Montserrat y vuestra tía Cèlia fueron para mí un refugio cálido y bondadoso, benévolo con mi ignorancia de los códigos sociales y de las costumbres, me ayudaron a adaptarme poco a poco, sin demasiados sufrimientos ni demasiada añoranza… aunque a veces la sintiera. Nuestros amigos me ayudaron mucho y fui encontrando mi lugar en Barcelona sin perder, por ello, mi lugar en Benín. Por eso me gusta pensar que soy un gran árbol, con las raíces hundidas en la tierra roja de Hogbonu y las ramas que se levantan hacia el cielo azul del Mediterráneo. Ya sé que os parecerá cursi; no es una letra de rap que os guste ni tampoco podríais hacer con ello una canción ska. Pero lo siento así.

Todavía existen hoy cosas que se me escapan, cosas que me hacen pensar en lo complejas que son las relaciones humanas y en cómo cambian las costumbres, las creencias y los modos de concebir el mundo. El proceso de conocimiento de una nueva cultura es largo, tan largo que no termina nunca.

A veces, cuando alguien me pregunta qué estoy haciendo en España, me gusta tomarle un poco el pelo, mostrarme irónica si queréis, y, recordando todos los «estudios críticos» sobre culturas tradicionales africanas que se han publicado en Europa, le respondo que estoy haciendo una investigación antropológica, un trabajo de campo sobre los blancos. ¡Los hay que ponen una cara muy extraña!

Ahora, después de tantos años, la vida me parece una especie de proceso iniciático. Lo queramos o no, seamos o no conscientes de ello, vamos cruzando fronteras, vamos superando pruebas, como los niños cuando crecen. Benín, Costa de Marfil, España y, sobre todo, Barcelona han sido eso para mí: etapas que dejan un sedimento, los fundamentos, si queréis, para una nueva etapa. Hay que ir hacia las nuevas cosas y hacer un esfuerzo para entenderlas e incorporarlas, para hacerlas tuyas. Nuestras identidades evolucionan, poco a poco, en contacto con el medio donde vivimos. Nunca somos una realidad inmóvil, cerrada, y, aunque a veces lo pasemos mal, hay que seguir avanzando. Cada cual lo hace como puede, de un modo u otro. Creo que eso nos permite ensanchar nuestros horizontes humanos. Como decía alguien que ahora no recuerdo, el único modo de cambiar el mundo es cambiar el rumbo de la propia vida.

Vivís en un mundo que parece tener una opinión clara sobre todo y las respuestas siempre a punto. Me sorprenden y me indignan algunos comentarios, algunos artículos en la prensa o algunos reportajes televisivos que pontifican sobre una realidad casi desconocida por quien escribe o habla. Hace casi treinta años que vivo en Barcelona; me recibió una familia catalana, la de vuestros abuelos paternos, que me permitió introducirme enseguida en la intimidad de la vida ciudadana. Y, pese a ello, he de reconocer que hay aún muchas cosas que se me escapan; los puntos de vista son distintos, las realidades complejas. Por eso me indigno cuando leo, por ejemplo, la vieja historia de un barco cargado de niños para ser vendidos como esclavos que llenó hace unos años la primera plana de los periódicos. Al parecer, eran niños benineses, y el barco fue obligado a regresar a puerto. Y basta, se acabaron las portadas. Solo en las páginas interiores de algunos periódicos pudo leerse, más tarde, que no se había encontrado el supuesto cargamento de niños esclavos sino que eran solo unas cuantas familias que pretendían emigrar de forma clandestina. Pero ya eso no era noticia.

Recuerdo la indignación de Manuel, vuestro padre, cuando vivíamos en Bingerville y leyó unos artículos del periódico *La Vanguardia* que le habían mandado desde Barcelona. Debía de ser en 1976 o 1977 y el autor, que por cierto era un escritor famoso, se entretenía contando lo que sabía y no sabía sobre un país que nosotros conocíamos bien. Había, eso sí, mucho «exotismo», muchos tam-tam y mucho color local, pero ni una sola línea que no estuviera llena de la desbordante imaginación del autor. Nadie podía conocer, por sus escritos, qué era por aquel entonces la Costa de Marfil real. Aquellos artículos no hacían daño a nadie y todo el mundo tiene derecho a ver «la verdad» como desee. Debo reconocer que por aquel entonces no entendí la indignación de vuestro padre, pero ahora la cosa es distinta; ahora tengo las claves para interpretar aquel enfado.

Quince días, tres semanas o un mes es un tiempo muy corto para conocer una sociedad, sus usos y costumbres que, aunque a veces pueden parecer inaceptables, son en realidad solo incomprendidos, porque se les aplica una escala de valores y una mirada que pertenecen a otro mundo, a otra cultura. ¿Qué diría un observador que, sin conocer bien Barcelona o la cultura occidental en general, viera cómo un hijo lleva a su padre a una residencia de la tercera edad porque no puede ocuparse de él, y luego saca a pasear dos o tres veces al día el perro que tiene en casa, y recoge además la mierda que este va dejando por las esquinas…? Seguro que el resultado sería un artículo muy jugoso, sobre todo si tuviera fotos, pero está claro que no se ajustaría a la realidad. Pienso, de verdad, que debéis tener mucho cuidado cuando se trate de generalizar, de «globalizar» los valores y los criterios morales de los demás. Sí, ya sé que es un peligro que vosotros corréis menos que muchos otros; sabéis desde que nacisteis que la realidad es múltiple y que la posición de quien mira afecta, decisivamente, la apariencia del objeto mirado. Pero no estará de más que os diga lo que pienso, porque mucho me temo, y todos los indicios me lo confirman, que el mundo corre cada vez más deprisa hacia el reino de las verdades absolutas, sin matices. Y las verdades absolutas son la semilla de la incomprensión.

«Ser o no ser… distintos»

Cada año, todos los miembros del clan familiar —los hijos y nueras, los hijos de los hijos y los hijos de los hijos de los hijos… ¡toda una pandilla!— ofrecemos a mi abuela Navi una gran fiesta. Ella es un rarísimo ejemplo de longevidad en un país donde la esperanza de vida es bastante baja.

Mi padre acostumbraba a encargarse de organizarla, y vosotros, junto con Manuel y conmigo, habéis tenido la posibilidad de participar algunas veces. Sabéis pues cómo va la cosa: cada año se elige una tela distinta, y se compran metros y metros y más metros, para que todo el mundo se haga con ella un vestido, de la forma y el estilo que quiera. Aunque con la misma tela, eso sí.

La última vez que fuimos fue a finales de 1999. Os habían hecho un par de *bombás* y yo hice que me cosieran un vestido de un estilo muy frecuente en aquella parte del golfo de Guinea, una *jupe-pagne* lo llamamos, porque es una adaptación moderna de la tela que tradicionalmente las mujeres se atan a la cintura como si fuera una falda larga. Los tejidos que se eligen están siempre llenos de colorido, y Manuel, que lleva a menudo el *bombá* cuando en Barcelona hace calor, prefiere que se lo confeccionen en colores lisos y discretos. Aquel año, cuando fuimos los cuatro, no hubo modo de convencerle para que se hiciera el *bombá* con la misma tela que los demás y, como recordaréis, se puso un *bombá* blanco y una pieza larga de la tela elegida en un hombro, reproduciendo sin saberlo uno de los atavíos honoríficos de mi pueblo.

Aquella fiesta me permitió observaros un poco mientras os movíais en un marco que, aun siendo vuestro, os era extraño. Manteníais actitudes muy distintas. Sois tan diferentes que a veces me pregunto cómo podéis ser hermanos *même père*, *même mère*.

A menudo hablamos de cómo os sentís, de lo que pensáis y de cómo veis vuestras cosas y las nuestras. Sé que tú, Dídac, estás convencido de que tus recuerdos de infancia no difieren demasiado de los de tus compañeros de generación. Y aunque te parezca que el hecho de llevarte a la espalda, al modo africano, no te influyó, no puedo dejar de pensar que fue un gesto determinante para la relación que tú y yo mantenemos ahora. Dices que, de pequeño, no te parecía que te miraran de otro modo y que solo cuando creciste, algunos chicos, muy pocos, te hicieron notar la diferencia. Tal vez sí. Tal vez tengas razón, yo no recuerdo demasiados problemas debidos al color de vuestra piel.

Un día, Dídac, me aseguraste que tener una madre africana no te había marcado. Que una madre es una madre y basta, sea donde sea. Aunque luego añadieras que el hecho de que uno de los padres hubiese nacido en un lugar distinto al de la sociedad donde vivías enriquecía por fuerza. Hemos vivido casi siempre en Barcelona, es cierto, pero tú mismo reconoces que, en casa, África te envolvía por todas partes, aunque quizá fuiste consciente de ello un poco tarde. Te he oído decir que descubriste tu «africanidad» con retraso, tanto en la educación como en la manera de ver las cosas, y te aseguro que aquel día, en la casa de Cachi, en la fiesta de Navi, también yo lo advertí. Tu modo de comportarte y de actuar había cambiado, si lo comparaba con el de otros viajes. Te habías hecho mayor y comenzabas a ver las cosas que antes se te escapaban.

Una vez me hiciste saber que no era cosa tuya, que eran los demás quienes debían decir si el hecho de ser mestizo te había marcado o no. Y que, para ti, yo era solo la madre que me deslomaba para educarte. No sé si te diste cuenta de cuánto me gustaron tus palabras. ¡Claro que sí! El hecho de que yo naciera en Benín es un detalle circunstancial. Me lo hiciste notar entonces y sé que, cuando eras pequeño, mi país era demasiado lejano para ti como para significar algo más que el lugar donde nació tu madre y donde a veces íbamos de vacaciones.

El día en que se celebró la fiesta de Navi, mientras te miraba, me recordaste la actitud que yo tenía cuando llegué a Barcelona: observabas las pautas de conducta de los demás antes de actuar. Eres en eso muy africano. Claro que también hay un refrán castellano que lo recomienda: «Allí donde fueres haz lo que vieres».

Aquel día, observándote, un poco tímido, como siempre, mientras te las arreglabas rodeado de tíos y primos, negros como el hollín, que comían, cantaban, reían y bailaban, me di cuenta de cuánta razón tenías al decir que, para ti, Benín es el lugar donde quisieras perderte unos cuantos meses para limpiar un poco tu cabeza de «occidentalización» e ir recuperando parte de tus raíces o, al menos, entender un poco más el «código genético que te queda demasiado lejos», como tú dices.

Buscas en África un oxígeno vital que en Barcelona no encuentras, aunque eres muy consciente —lo sé— de que estás demasiado acostumbrado al tipo de vida occidental y que no sería fácil que te adaptaras a Benín.

Lo recuerdo muy bien, una tarde me dijiste que no te importaría vivir una temporada aprendiendo y viviendo realidades nuevas y distintas, realidades atractivas precisamente por eso. Pero añadiste que, tarde o temprano, el cuerpo te pediría regresar a Europa. Y es verdad, también a mí me lo parece.

Eres un observador nato, y de tus viajes a Benín siempre has aprendido algo, desde muy pequeño. No recuerdo cuántos años tenías cuando, empujado por tu afición a todo tipo de animales, quisiste ir al norte, a la reserva de la Pendjari, y soportaste con tu padre un viaje agotador. ¡Qué contento estabas al regreso! Y esa capacidad de observación te permite ir avanzando, con dudas, deteniéndote alguna vez como desconcertado, porque es difícil a veces no disponer de una referencia única.

A menudo me has comentado que el mestizaje no solo supone una mezcla de sangres, sino también un cúmulo de influencias tan heterogéneas que ni siquiera se puede intentar catalogarlas. Aunque tampoco es necesario. Estoy de acuerdo contigo cuando dices que, de hecho, te hacen mestizo los ojos de los demás. Al comentarlo con tu padre, me dijo que esta era también la teoría que defendía Jean-Paul Sastre. Pero, te miren como te miren los demás, me gusta mucho que te sientas así, catalán por parte de padre, gun por parte de madre, musicalmente jamaicano y con unas raíces católicas, aunque no seas en absoluto religioso. Y aquella tarde, en casa de Navi, me hiciste pensar que, a la hora de la verdad, el «mestizaje» se adquiere a medida que entras en contacto con otra gente y otras culturas que tal vez nada tengan que ver con la tuya, pero de las que puedes acabar

apropiándote aunque al principio te sean ajenas. Así que te creo cuando afirmas que eres africano, sí, y europeo, pero también japonés, de Oceanía y de América del Sur, y que te gustaría llegar a ser un mestizo universal.

Ahora te toca a ti, Axel, porque también estabas en aquella fiesta, también a ti te rodeaban tíos y primos desconocidos, aunque tu actitud era muy distinta a la de tu hermano. Ya la primera vez que llegaste a la casa de Porto-Novo, debías de tener unos dos años, lo que me costó fue controlarte. Parecías perfectamente cómodo, perfectamente adaptado y nada te resultaba extraño. Te has hartado de jugar a la pelota con los niños del vecindario, que corrían como tú por aquel terreno lleno de piedras y árboles de teca. No hablabas gun o, mejor dicho, sabías las cuatro palabras que yo te repetía, sobre todo cuando lograbas que me enfadara. Tus compañeros no dominaban aún el francés. Pero eso no fue para ti nunca un problema. Los demás niños y tú os entendíais y jugabais sin parar. Me obligabas a correr detrás de ti, persiguiéndote y vigilando lo que comías y bebías, porque no podía olvidar que en el fondo eras un niño europeo y estabas expuesto a contraer cualquier enfermedad o, al menos, una diarrea descomunal si bebías según qué agua. También el abuelo Sébastien iba detrás de ti a menudo, y me aconsejaba que te vigilase, que no te dejara ir a según qué casas o aceptar según qué golosinas. Tenía miedo de lo que te pudieran hacer. La envidia es un defecto muy humano, que florece en todas partes. Una familia que vivía en Europa era sinónimo de riqueza, y mi padre temía por vosotros.

Hace poco me contaste un sueño reiterativo que tenías cuando eras pequeño. Un sueño que se repetía una y otra vez y que aún hoy recuerdas a la perfección. Me dijiste que fue en Barcelona, inmediatamente después de un viaje a Benín. Veías una cría de elefante, la cuidabas, la lavabas y la tenías en el balcón de casa. Pero una vez, al salir del balcón, advertiste que no había barandilla y viste al elefante aplastado en el suelo. Se había caído.

No sé qué puede significar ese sueño, pero sin duda hay en él materia para interesar a más de un intérprete.

Cierto día, eras pequeño aún, debió de ser en tu segundo viaje a Benín, me comentaste muy extrañado que todo el mundo te llamaba *yovó*, «blanco» en lengua gun, y que, en cambio, en Barcelona eras el *negritu*. Esta era la cuestión: pienso que vuestra vida, por el mero hecho de existir, pone en cuestión las fronteras, las barreras que se levantaron y se levantan aún para defenderse de un peligro que nace solo del miedo a los demás. Dices que ahora estás ya acostumbrado y que eres ambas cosas, pero que, según quién te mire y cómo te mire, te sientes un poco incómodo porque siempre te has sabido igual que los demás.

De todos modos, te resultó mucho más fácil que a tu hermano admitir que habías crecido entre dos formas de vida, que tenías un padre blanco y una madre negra, y que eso te hacía una persona distinta ante los ojos de los demás.

Presumes de sentirte educado entre dos culturas, de sentirte al mismo tiempo occidental y africano. Y me gusta que eso te enorgullezca porque, aunque las circunstancias del nacimiento no

deben ser motivo de orgullo, cierto es que has tenido la suerte de ser el heredero de un patrimonio de culturas muy distintas.

De Benín, lo sé, te gusta la tranquilidad, el modo de vida mucho más calmado y relajado. Pero reconoces que no te gustaría instalarte para siempre allí, aunque admites que quizá podrías acostumbrarte. Y aunque sé que cuando lo dices no estás haciendo un juicio de valor, enseguida te apresuras a aclararlo: «No es que la vida allí sea mala; es distinta…». Pero de momento, eres demasiado barcelonés. Eres un hijo de esta ciudad y se te nota.

«Me siento yo mismo y basta», exclamaste un día, harto quizá de que te hicieran preguntas sobre tus orígenes y pertenencias culturales. Y es cierto, también Dídac lo dice. Tenéis razón, hijos míos, sois vosotros mismos y con eso tenéis bastante.

Me gusta mucho, Axel, compartir contigo tu pasión por la música africana, me halaga que te alegres cuando llevo a casa un nuevo disco de Angélique Kidjo o de Ismael Lô, o cuando te hago escuchar las canciones que Oli Silva «Mu» ha grabado en Barcelona con su grupo Qbamba.

El abuelo Sébastien decía siempre que no solo nos educan nuestros padres, sino que cada uno de nosotros debe seguir educándose y formándose durante toda su vida. Los senufo, uno de los pueblos de Costa de Marfil, tienen un inacabable proceso iniciático que se llama *gporo*, y consideran que nunca están del todo formados y que hay siempre nuevos conocimientos por adquirir, un límite que traspasar. Vuestro padre y yo hemos intentado transmitiros esta convicción. Hoy me parece que vivís cada día con la ilusión de aprender y descubrir. A veces, lo reconozco, los caminos que iniciáis me dan cierto miedo, soy vuestra madre; y sin duda Manuel quisiera que fuesen distintos. Pero vosotros «sois vosotros y basta», vuestro futuro os pertenece.

A lo largo de estos años hemos procurado no sobreprotegeros en absoluto. Pero hemos querido evitar, eso sí, en la medida que ha sido posible, los problemas que tuvimos que resolver —o soportar— Manuel y yo durante los primeros años en Barcelona. Parece casi la prehistoria, la ciudad no soñaba ni podía soñar que sería la que es hoy. Creo que Manuel necesitó mucho valor para presentarse, de pronto, con una joven esposa negra. Pero él dice, y es verdad, que no le importaba ya nada lo que la gente pensara de él. Puede parecer curioso, pero yo también tuve que soportar muchas muestras de racismo en Costa de Marfil, cuando me veían con un hombre blanco.

En definitiva, durante los años setenta y ochenta, en Barcelona encontré mucha más curiosidad que rechazo. La gente se volvía a mirarme, y ahora pienso que tal vez yo, en su lugar, también lo hubiera hecho. Soy consciente de que vivimos en un barrio acomodado, nos movemos en los círculos de lo que podríamos denominar la «intelectualidad progresista», y no cabe duda de que, en otros ambientes, los inmigrantes de bajo nivel económico que comenzaban a llegar, poco a poco, buscando una oportunidad para ganarse la vida, sufrían reacciones mucho más violentas y ofensivas.

Recuerdo que una vez, estando en el casino de Alp, tú, Axel, viniste corriendo para decirme: «Mamá, un niño me ha dicho que soy negro. ¿Soy yo negro?». Ni te habías dado cuenta de ello. Tenías algo más de tres años y tu pregunta me hizo mucha gracia. Quizá sí que, pensándolo bien, en

la escuela tuvisteis que defenderos alguna vez de la agresión, aunque solo fuese verbal, de alguno de vuestros compañeros. Por lo general, los niños pueden ser muy crueles, sean de donde sean. También vuestro padre u otras personas pueden recordar y contaros anécdotas como estas. Yo misma las he vivido. No es grave y, lo sabéis, nunca fue para vosotros un verdadero problema.

Supongo que, hoy, los niños africanos o chinos, mestizos o magrebíes, filipinos o paquistaníes, de las escuelas de Barcelona y de otras muchas ciudades del país, no tienen que enfrentarse a la extrañeza y la curiosidad de los demás. También aquí las cosas han cambiado mucho. *Ehuzu, ehuzu, dan dan ló!*

Me resulta interesante ver cómo me observan los niños y escuchar las preguntas que me hacen los hijos de padres africanos, chinos o magrebíes que han nacido ya aquí. Algunos siguen hablando su lengua en casa, y a veces van de vacaciones al país de origen de sus padres. Pero están creciendo en un contexto por completo occidental y me gusta pensar que todos esos chiquillos son el puente que sirve para que exista un constante y enriquecedor intercambio. Queda mucho trabajo por hacer, pero se avanza deprisa, muy deprisa.

A menudo visito escuelas y bibliotecas para contar algunos cuentos africanos a los chiquillos. Y tengo una anécdota que me pareció muy reveladora. Me ocurrió en un pueblo de Lérida que se llama Almacelles, muy cerca ya de la provincia de Huesca, cuando visitaba el CEIP Antònia Simó Arnó. Había allí muchos niños y yo esperaba a que los maestros los hicieran sentar y les calmaran un poco. Aquello era una novedad en la vida escolar y, como es bien sabido, las novedades excitan siempre. Mientras me los miraba, me fijé en que había pieles de todos los colores, algo que quince años antes habría resultado insólito, y me dirigí a una niña negra que estaba en primera fila: «¿Y tú, de dónde eres?», le pregunté. Y ella, muy extrañada, me contestó: «De aquí, de Almacelles». «No, no —insistí—, quiero decir, ¿de dónde vienes?» Y ella, con toda la razón del mundo, seguía sin entenderme y repitió: «De aquí, de Almacelles». ¡También yo había caído en la trampa! Pero no, ella tenía toda la razón: ¡era de Almacelles y solo de Almacelles!